

# EL CENSOR,

## DISCURSO XXXV.

.....Nati filii  
*Alia cura. Porro autem, illis dum studeo  
 ut quam plurimum  
 Facerem, contriui in quaerendo vitam, at-  
 que aetatem meam;  
 Nunc exacta aetate hoc frui pro labore ab  
 iis fero:  
 Odium. Ille autem sine labore patria poti-  
 tur commoda:  
 Illum amant, me fugitant: illi credunt  
 consilia omnia:  
 Illum diligunt apud illum sunt ambo: ego  
 desertus sum:  
 Illum, ut viuat, optant: meam autem mor-  
 tem exspectant scilicet.*

Terent. Adelph. Act. 5. Sc. 4. v. 13.

Tuve hijos en fin: otro cuidado.  
 Para dexarlos bien y enriquecerlos,  
 Pasé en continuo afán toda mi vida:  
 Viejo ahora, y cansado de mí anhelo  
 El fruto es este que percibo: su odio.

Ayuntamiento de Madrid 1Quans

¡ Quam distinto mi hermano ! sin desvelos  
De un Padre logra todos los placeres.

A él le buscan , de mí huyen : sus secretos  
Todos de él fian : le aman , le acompañan :  
Por el contrario , yo solo me veo :  
El desean que viva : à mí sin duda  
Yá quisieran ahora verme muerto.

**C**Reo que todos aquellos de mis Lectores, que sean, ò hayan sido Padres, sentirán una emocion particular à la lectura de la siguiente Carta.

Señor Censor , &c.

„Muy Señor mio : La libertad que me  
„tomo en escribir à Vm. es un desahogo,  
„que juzgo concederá Vm. facilmente al  
„justisimo dolor de que tengo el cora-  
„zon atravesado. En la edad de 65. años  
„acabo de perder en uno de los comba-  
„tes maritimos, que tuvimos ultimamente  
„con los Ingleses, un hijo, fruto unico  
„de un matrimonio, para cuya completa  
„felicidad faltó solo una mas larga dura-  
„cion ; joven de 32. años, en quien tenia  
„fundadas las mas lisonjeras esperanzas.  
„Una conducta siempre igual , siempre  
„arreglada, y que jamás me ocasionó el  
„menor sentimiento : una virtud à toda  
„prue-

„prueba, un desempeño de su obligacion,  
„un zelo para el servicio del Rey, que  
„no solo le habia grangeado la estimacion  
„de todos sus Superiores, sino tambien  
„(lo que à esto era consiguiente) los mas  
„rapidos progresos en su carrera: y todo  
„esto acompañado de una modestia, de  
„un candor, de un agrado, que no co-  
„mo quiera le habia puesto à cubierto de  
„la envidia de sus compañeros; sino que  
„tambien le hacia las delicias de todos sus  
„iguales, y el objeto del amor de sus infe-  
„riores: juzgue Vm. si eran prendas que  
„deben hacerme su pérdida sensible, ma-  
„yormente en la abanzada edad, y triste  
„estado de viudéz en que me hallo.

„Con todo, no sabe Vm. aun la cau-  
„sa principal de mi afliccion: todavia no  
„he dicho à Vm. la razon, que quita à mi  
„dolor todo genero de consuelo. Mi hi-  
„jo, Señor Censor, se fue al otro mun-  
„do, sin llevar la menor muestra del ca-  
„riño de un Padre, que le amaba sin em-  
„bargo con la mayor ternura. La preo-  
„cupacion de que la indulgencia de los  
„Padres es la perdicion de los hijos, me  
„ha hecho no mostrarle jamás desde que  
„tuvo uso de razon, sino un semblante



„austéro, y sombrío, ni tratarle, sino con  
„una reserva, un ceño, una entereza, una  
„severidad, un imperio, un ayre en fin,  
„de superioridad, y de desprecio, que el  
„pobre muchacho no puede menos de  
„haberse ido en la creencia que no he sa-  
„bido amarle, ni estimarle como mere-  
„cia. ¿Qué violencia, qué esfuerzos no  
„me ha costado esta vana afectacion? ¿Pe-  
„ro qué he sacado de ello? ¿Miserable de  
„mí! Perder el gusto de su trato, y de su  
„conversacion, el placer de disfrutarle, y  
„de conocerle à fondo, el deleyte de ha-  
„cerle sentir aquel amor sin termino, que  
„le tenia, y el alto y justo concepto que  
„hacia de su virtud; y sobre todo, enage-  
„nar de mí su corazon y su voluntad. Por-  
„que ¿en qué disposicion podía él estar  
„para con un hombre, à quien no es posible  
„que mirase sino como à un tyrano suyo?  
„¡Insensato! ¿A quién, ò para quando re-  
„servaba yo abrir mi pecho, franquear mi  
„corazon, y descubrir aquel afecto, aquel  
„cariño de que lo tenia inundado, y  
„que ocupaba toda mi alma? ¿No era él  
„quien debia sentir todo su lleno, y quien  
„debia unicamente agradecerle? ¿O aguar-  
„daba yo para demostrarsele justamente,

„à quando no pudiese yá percibir los fru-  
 „tos de su gratitud, y à que la muerte estu-  
 „viese para privarme de su retribucion y  
 „correspondencia? ¡Infeliz! ni aun he te-  
 „nido esta triste satisfaccion. ¡O! si me hu-  
 „biera sido à lo menos dado el consuelo  
 „de recoger sus ultimos suspiros, y de sos-  
 „tenerle siquiera en aquella ultima hora  
 „en mis cansados brazos! ¿Con qué llanto  
 „no le hubiera yo entonces, estrechandole  
 „entre ellos, pedido perdon de mi pasada  
 „injusticia? ¿Con qué expresiones, con  
 „qué afectos, con qué anhelo no le des-  
 „cubriría yo mis verdaderos sentimientos?  
 „Saldria entonces à fuera con violencia  
 „todo mi amor, qual torrente impetuo-  
 „so que rompe los diques, que por lar-  
 „go tiempo se opusieron à su curso. No  
 „merecia yo este consuelo, y el Cielo me  
 „lo ha negado muy justamente.

„Pero à lo menos tenga, Señor Cen-  
 „sor, el de servir de exemplo à otros, y  
 „de ser ocasion de la enmienda de aque-  
 „llos, que estén en la misma preocupa-  
 „cion en que yo estaba. Vm. en uno de  
 „sus discursos puso claro el error, y la  
 „injusticia de los Padres que usan de se-  
 „veridad para con sus hijos, por aquellas

„faltas que debieran ser tratadas con indul-  
„gencia. Pero el abuso de tratarlos quando  
„adultos, del modo que traté yo al mio,  
„no me parece ni menor, ni menos dig-  
„no de su atencion. Dignese Vm. pues  
„de destinar à este asunto otro Discurso,  
„aunque no sea sino para el alivio que  
„espera hallar en su lectura:“

*Este su desgraciado,  
y afecto Servidor, &c.*

El abuso de que habla mi afligido corres-  
ponsal, no es en efecto menos comun, que el  
que he combatido en mis discursos. Ve-  
mos ordinariamente à los Padres tratar sus  
hijos con una suma indulgencia en todas  
sus cosas, cumplirlos todos sus gustos y ca-  
prichos, celebrar todos sus dichos, y sus ac-  
ciones quando niños; y afectar luego con  
ellos una gravedad, una entereza, querer-  
los tener en una sujecion, tratarlos con  
un despotismo, que vá creciendo à pro-  
porcion de su edad. No parece que los  
aman sino como à los monos, por el pa-  
satiempo y la diversion que les propor-  
cionan sus juguetes. Quando viene el tiem-  
po de acabarse éstos; alegres y festivos



fuera de su casa, se les vé al entrar en ella, qual si entrasen en un lugar de tormento, arrugar su frente, y cubrir de nubes su semblante. Sociables con todo el mundo, solo no lo son con aquellos con quienes debieran tener la mas estrecha sociedad. En llegando à ser adultos los hijos mas virtuosos, y mas bien inclinados, que son el dón mayor que pudo hacerles la naturaleza, y que debian ser el principio de todo su contento; no parece que son sino un estorbo à sus placeres, y una carga que suspiran por arrojar de sus hombros. Hacen entonces escrupulo de reirse, de parecer alegres en su presencia, y de denotarles su satisfaccion, por loable que sea su proceder y su conducta. No les hablan, sino para reprenderlos; y como si huviesen pesar con todo lo que à ellos les dá gusto; si les conceden licencia para un recreo honesto, no es sino acompañada de cierto ayre de violencia, y de mil prevenciones asperas è importunas. ¿No es esto propriamente tratarlos como hombres, quando son niños, y como niños, quanto mas se acercan à ser hombres? ¿No es esto tan absurdo, como seria querer que andubiesen solos quando maman,

dar-

darles solo la mano quando empiezan à soltar los pies, ponerles andadores quando están yá sueltos; y llevarlos en brazos quando yá son grandes? Pero no solo es absurda esta conducta: es injusta, es perjudicial.

El fundamento de la potestad, que la naturaleza concede à los Padres sobre sus hijos, y del derecho que tienen de dirigir sus acciones, no es otro que la incapacidad en que están éstos en los primeros años de conducirse à sí mismos, y de proveer à sus necesidades. Asi nunca es tan grande, como quando es mayor esta incapacidad; pero à proporcion que se vá disminuyendo, à medida que despejandose su razon, y afirmandose su juicio, se ván haciendo capaces de dirigirse con acierto, es preciso que se vaya disminuyendo tambien aquel poder. De manera, que en llegando al perfecto y cabal uso de la razon, venga à quedar reducido à un mero derecho de consejo en los Padres, y à una obligacion de respeto y de gratitud en los hijos. Por eso las leyes civiles, para aquellas mismas acciones, para las quales requieren el consentimiento de los Padres en la menor edad, no piden mas



que el consejo en la mayor, sin imponer à los hijos entonces ninguna obligacion de seguirle.

En efecto, es evidente que si los hombres salieran del vientre de sus Madres con el juicio cabal, y con la robustéz, fuerzas, y capacidad necesarias para satisfacer à las necesidades anexas à nuestra naturaleza, jamás tendrían los Padres otro derecho, ni los hijos otra obligacion. ¿Qué injusticia, pues, mayor que la de querer, quando mayores que no tengan accion propia, obligandolos à que se conduzcan enteramente à nuestro arbitrio, y dexarlos por otra parte en la niñez, vivir enteramente al suyo, y satisfacer à rienda suelta todos sus caprichos? Un Padre debe hacerse igualmente amar y respetar de sus hijos. Pero el temor y el miedo son pasiones que se adquieren mas por habito que por razon: al contrario el amor, el verdadero amor, este amor que se llama de amistad no puede fundarse, ni subsistir sino sobre el conocimiento de las favorables disposiciones de otro para con nosotros. Asi la edad de la razon es la mas a proposito para establecerle: y la mas oportuna para inspirar el respeto, es aque-

lla

lla en que las fibras todavia tiernas, y flexibles se abren mas facilmente al curso de los espiritus agitados, y en que el sentimiento de la propia flaqueza hace al hombre mas sujeto à esta passion. Entonces es quando no tiene inconveniente tenerlos en una absoluta dependencia: y una vez bien establecida en aquella edad la autoridad del Padre, y el respeto del hijo, el amor que despues se procure imprimirle en nada lo disminuirá, y solo le quitará aquello que tenga de servil. Por otra parte, son indecibles todas las ventajas que un Padre prudente puede sacar de él. Micio es buen exemplo de ello.

Quejense regularmente los Padres del daño que hacen à sus hijos las malas compañías, que buscan muy de ordinario con preferencia à la suya. ¡Qué mucho! Un hijo en llegando à cierta edad, es hombre del todo semejante à su Padre. Quiere parecer criatura racional, quiere ser arbitro de sus acciones, y no gusta de verlas continuamente censuradas. ¿Qué hay, pues, que admirar en que huyendo de la presencia de un Censor aspero y severo, que halla que reprender en quanto hace, y que no despega sus labios, sino para contrariarles;

busque otras compañías en las quales goce alguna libertad, y mas dulzura? Micio no se queja de esto: no tiene motivo para quexarse. Pero à nadie debe esto sino à sí mismo. Su hijo tenia apenas 12. años, quando Micio se entretenia yá con él familiarmente; pero con un agrado, con una afabilidad que le hacia preferir à todas, su conversacion: aun à la de los otros muchachos sus condiscipulos y compañeros. Se adquirió de él una confianza tan grande, que nada hay que el Muchacho le reserve, todo le consulta, y le descubre los mas secretos movimientos de su corazon. Vino à ser su mas intimo confidente hasta en las cosas mas menudas, y en aquellas que los jóvenes suelen ocultar con mayor cautela à sus Padres. Así se halla en estado de precaver con tiempo las malas consecuencias, que pudiera traerle su indiscrecion, y de apartarle de toda accion extravagante, ò perniciosa. ¿Pero de qué modo? No reprendiendole con acrimonia, no mandandole con imperio, segun la comun usanza de los Padres, à no ser que le halle obstinado en algun empeño, cuyos efectos puedan ser funestos è insanables. Esto le haria per-



der su confianza para lo adelante, y quitaria à su hijo la libertad de comunicarle sus intentos. Le persuade con suavidad y blandura, le pone à la vista las malas resultas de la conducta que quiere tener, le aconseja en fin en el tono de un Amigo, bien que superior, y mas experimentado.

Se hace cargo de que las inclinaciones, y deseos de un joven de 20. años no pueden ser ni tan razonables, ni las mismas que él tiene à los 50. Se acuerda de las que él mismo tenia en aquella edad. Si le niega una cosa que le pide (lexos de imitar à otros, que aun quando se la otorgan à sus hijos, es de un modo que les obliga à no volver à ellos con semejantes peticiones, y valerse de otros medios tal vez vergonzosos para satisfacer sus deseos,) Micio no lo hace sino convenciendole de la razon, que para ello tiene, haciendole conocer que no es por capricho, ò mal humor suyo; y de una manera en fin, que no le corte en lo adelante la libertad de pedirle lo que se le ofrezca, aunque sea para cosas indiferentes, y no necesarias.

Uno de los medios que mas le sirvió

para grangearse esta confianza de su hijo, fue la que él mismo hace de él, comunicandole desde que fue capaz de ello todos sus asuntos, sus negocios, y aun el estado de sus intereses, consultandole sobre ellos, y siguiendo con un placer extraordinario su dictamen, siempre que le halla acertado. Quan distinto en esto de aquellos Padres que por una especie de zelos reservan estas cosas de los suyos, qual si fueran secretos de estado, y que se avergonzarian de que se creyera que en algo tuviesen necesidad de su consejo. Yo mismo he oído à Micio asegurar con cierta especie de complacencia, à vista de su hijo, que hubiera salido muy mal de cierto asunto, sino se hubiese gobernado por su dictamen. ¡Qué alegría mezclada de un pudor ingenuo no vi yo brillar al momento en el semblante de aquel joven! ¿Y cómo podria dexas de franquearse con quien así se le franquea, ni de sujetarse à los consejos de un Padre, que no se desdena de seguir los suyos?

Pero hay aun otra ventaja muy considerable que sacó Micio de esta familiaridad, y confianza con que trata à su hijo. Le fue habilitando insensiblemente à las

reflexiones serias, y logró de este modo que sea hombre maduro en la edad, en que por la mayor parte los otros jóvenes no se entretienen sino en vagatelas, y frivolidades. Los demás entran regularmente en el gobierno de sus casas, y sus haciendas con los ojos vendados. El hijo de Micio, si ahora tuviese la desgracia de que le faltara su Padre, se hallaria con todo el conocimiento necesario para administrarla bien. Y con todo esto, teme mas este caso, y desea su tardanza con mucha mas viveza de lo que suelen hacer otros hijos. El conocimiento en que su Padre le ha hecho entrar de sus negocios, le hizo palpar los afanes, los desvelos, los sudores que le cuesta su administracion. Asi, bien distante de envidiarsela, se estima feliz por vivir baxo la direccion de un Padre que tanto se afana por él, y que le dá tales muestras de su cariño, ni envia al Cielo otros votos, que los que hace por la duracion de su vida.

Micio en fin, ha conseguido con esta conducta hacerse amar de su hijo en tanto grado, que teme este mucho mas ofender en él un buen amigo, que perder toda, ò alguna parte de su herencia. Si al-



guna vez parece triste, ò algo mas serio de lo que acostumbra en su presencia, tiene al instante que descubrir la causa de su desazon. Tal es la consternacion en que le pone el menor recelo de haber incurrido en cosa que merezca su desagrado. ¡Feliz mil veces el Padre que ha sabido hacer tal à su hijo! ¡Feliz el hijo à quien el Cielo ha dado tal Padre!

